

# LA MARIPOSA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE

LITERATURA, COSTUMBRES, TEATROS, MODAS, NOTICIAS, CRÓNICA INTERIOR Y VARIEDADES.

LA MARIPOSA.

MONTEVIDEO, 30 DE NOVIEMBRE DE 1851.

LITERATURA.

POESÍA NACIONAL.

No es con el objeto de dar un juicio concienzudo como requiere este asunto, sino solo con el de emitir una débil opinión es que vamos á ocuparnos de él; porque á la verdad, es cuestion demasiado árdua y difícil para nosotros.

Averiguar, si tenemos una poesía nacional, si podemos tenerla; hé aquí pues las dos preguntas, que trataremos de resolver como nos sea posible.

F O L E T I N .

LA CASCADA DEL DOUBS. (\*)

Por Elias Berthet.

V.

LA ESPERA.

Esta educación un tanto puritana había dado á la jóven una grande enerjia moral, y así fué que cuando la muerte le arrebató á su madre, no se dejó abatir por el dolor, y y lejos de eso resolvió ganarse la vida por sí misma sin recurrir á los auxilios ajenos,

La poesía ó la literatura en jeneral, puede llegar á ser nacional, ó por el lenguaje, ó por las ideas y asuntos, ó por ámbas cosas reunidas.

Los Norte-Americanos por ejemplo los Brasileños ó los Americanos del Sud, jamas tendremos una poesía nacional con respecto al lenguaje; porque no tenemos un idioma propio y nuestros versos indispensablemente, serán escritos en Inglés en Portugués ó en Castellano; pero si podemos tenerla, con respecto á las ideas y á los asuntos; y hé ahí la única base, en que podremos fundar la nacionalidad de nuestra literatura; es decir que ella existirá cuando sea la expresion de nuestros usos, de nuestras costumbres,

puesto que la muerte le había llevado, uno por uno, todos sus apoyos naturales. Su única herencia consistía en una cabaña con jardin cerca de la cascada del Doubs; pero conociendo que su principal recurso estaba en el trabajo de sus manos, la pobre huérfana quiso sustraerse á la desesperacion.

Por espacio de muchos años su existencia había sido dulce y tranquila, viviendo modestamente con el producto de sus bordados que vendía todas las semanas en Morteau. Apesar de su familia, se había visto obligada en su posicion, á adoptar un jénero de vida un tanto independiente, y por eso de le veía recorrer la comarca ya á piés ya en su navicilla, sin que nadie parase su atencion en ello, Vivo, alegre y servicial

(\*) Véase el número 30.

en una palabra, de nuestra historia entera.

Y juzgando nuestra poesía bajo este aspecto, no existe; ó mejor diremos: hasta ahora solo se han hecho lieros ensayos, muy importantes sin duda para empezar á fundarla, pero que aislados, no pueden producir los resultados que sería de esperar.

Entre nuestros poetas contemporáneos los señores Mármol, Echeverría, Magariños y otros varios, han dado un gran paso para el establecimiento de una literatura nacional; no en el lenguaje por que como lo hemos dicho anteriormente esto no es posible pero sí, en las ideas, porque han elegido para sus obras asuntos puramente nuestros, porque han tratado de retratar nuestro estado, nuestras costumbres, nuestras virtudes y nuestros defectos.

No dejaremos pasar inspercebida una especialidad entre nuestros poetas; el señor Ascasubí,

Hemos dicho una especialidad, porque el lenguaje de sus obras poéticas, es esencialmente distinto del de los demás. Esto ha dado márgen á que algunos juzguen al señor Ascasubí, como el único poeta Americano.

con todo el mundo, no hubiera tolerado sin embargo las galanterías mas allá de cierto límite, por cuya causa la libertad que se atribuía no había nunca despertado la pública maginación. Además, ¿qué había podido temer en aquella apacible comarca donde todo el mundo la conocía y todos las respetaban y la amaban? Segura de sí misma Susana, no se desconfiaba de nadie, y pasaba sus días en la actividad y en el trabajo sin recuerdos amargos del pasado y sin temor ninguno del porvenir.

Tal era en resumen su historia hasta el momento en que llegó al pueblo á casa de su padre el oficial Lambert. Por esta época no se hablaba sino del matrimonio de Susana con Daniel Steinbach; ámbos jóvenes

Nosotros, respetando la opinion de los hombres ilustrados, que han emitido su juicio á este respecto; diremos sin embargo, que el carácter nacional que distingue las obras del señor Ascasubí, no lo fundamos en el lenguaje en que las escribe, porque este lenguaje solo es el distintivo de una clase de nuestra sociedad y en este sentido sería un poeta popular, pero no un poeta nacional: tomando esta palabra en toda la estension que tiene.

El mérito del señor Ascasubí, á nuestro modo de ver, está en que no hay uno solo de sus poemas, cuyo asunto no sea una de nuestras tradiciones; ó (cuyo objeto no sea describir las costumbres, ó el modo de ser de los habitantes de nuestra campiña; y en este sentido el señor Ascasubí ocupa un rango muy elevado entre los poetas Americanos.

La brevedad de un artículo, no nos permite estendernos lo que sería necesario, para tratar un asunto que ofrece un campo vastísimo, y cuya importancia se comprende á primera vista; pero esperamos que no sea la última vez que se nos ofrezca la oc-

simpatizaban en todo, eran libres y se que-  
dian por lo cual ningún obstáculo podía  
presentarse para su union. Pero de repente  
sía saberlo por que, el proyecto se desizo,  
asegurando algunos que la Bordadora se ha-  
bía enamorado locamente del hermoso ofi-  
cial vestido con brillante uniforme aunque  
al principio le había recibido con mas curio-  
sidad que placer. Sea como quiera, lo cierto  
es que la nueva pasión no había traído mu-  
chos, bienes á la pobre Bordadora; la jóven  
tan alegre ántes, y tan atrevida en su inocen-  
cia, se había vuelto taciturna y arisca: ya no  
se la oía cantar en su cabaña, ni tan poco  
asistía á las reuniones de la aldea, ó si lo ha-  
cía, era como el día de la fiesta furtivamente  
y á escondidas. Estos cambios habían llegado

sion, continuar emitiendo nuestras ideas so-  
bre esta interesante materia: porque nuestro  
objeto, es que la juventud que se dedica á  
la literatura y especialmente á la poesía,  
llegando á conocer los esfuerzos que han he-  
cho nuestros buenos poetas, y la utilidad de  
que tengamos una literatura Nacional: de-  
jen de ir á mendigar modelos y á revolver  
las viejas crónicas extranjeras, cuando pue-  
den encontrar una fuente tan fecunda de  
inspiraciones, en las bellezas de nuestro  
pais y en nuestra propia historia.

F. F.

### RECUERDO Y ESPERANZA.

Era el alba risueña de mi vida,  
Era la edad de risas y de amores,  
Era esa primavera tan florida  
Que á disfrutar tan solo nos couvida,  
Con sus encantos y sus ricas flores.

Entonces fué, ¿lo recuerdas?  
Cuando era yo un pobre niño,

á fin á llamar la atención excitando un acom-  
bro mezclado de pesar, ya la existencia de  
la jóven había dejado de ser limpia y clara  
como el agua del manantial del Doubs, sus  
acciones, así como sus palabras, tenían cier-  
to aire de misterio, y por último, á pesar  
del respecto que inspiraba, principiaban á  
esparcirse ciertos rumores y cuentecillos de  
aldea, á los cuales iba mezclado el nombre  
del oficial Lambert.

Una vez conocido estos importantes por-  
menores vamos á continuar nuestra narra-  
cion.

La noche había entrado ya: la estrepitosa  
muchedumbre se había retirado á los pri-  
meros crepúsculos de la tarde.

Suizos y franceses, despues de habers-

Tuve ese primer cariño,  
Que nada pudo borrar;  
¿Lo recuerdas ángel mio?  
Entonces nos conocimos,  
Y al momento comprendimos,  
Que empezabamos á amar.

Oh! si te amé hermosa mia,  
Con entusiasmo y locura,  
Pues cifraba mi ventura,  
En quererte con ardor.  
Tú sabes si fué sincero,  
Pues ni el tiempo ni la ausencia,  
Borraron de mi existencia,  
Ese mi primer amor.

Si te han dicho que mi afecto,  
A otro beldad he rendido,  
Te juro que te ha mentido,  
Quien tal te llegó á decir.  
Que nunca ha sentido mi alma,  
Con verdad mas que un cariño.  
Y fué aquel amor de niño,  
Que nada podrá extinguir.

despedido cordialmente, se habían vuelto á  
poner en camino hácia sus casas, algunos  
teniendo que andar bastantes ligeros. Las  
barcas empavesadas, con sus músicas y sus  
alegres pasajeros, subían atravez el rio, y  
los alrededores de la cascada habían vuel-  
to á caer en su acostumbrada soledad, solo  
el solemne ruido de las aguas interrumpía al  
profundo silencio de la noche. A largos in-  
térvelos, algun tiro lejano, y algunas carca-  
jadas repetidas por los ecos de las rocas, era  
todo lo que quedaba de la fiesta.

Los habitantes de la aldea de la cascada  
habían dejado para el otro día el gusto de  
hablar de los esplendores de la pasada di-  
vision; cansados de placeres, parecían ha-  
ber buscado en el sueño la reparacion de sus

Fué ese amor puro inocente,  
Entusiasta inestinguible,  
Que tu encanto irresistible,  
Hiciera nacer en mi.  
Fué ese amor grande sublime,  
Que en mi corazón se encierra,  
Y que ninguna en la tierra,  
Puedo darlo sino á tí.

Yo no se si al cruzar ese camino,  
Que atravesamos todos en la vida;  
Arrebatado de un fatal destino,  
Malogrará mi juventud florida.

O si anhelando en mi ambicion un nombre,  
Corriendo en pós de la mentida gloria;  
Podré alcanzar espléndido renombre,  
Que immortalice mi fugáz memoria.

Mas lo único que se, es hermosa mia,  
Que en medio de la dicha y la ventura;  
O perseguido de una suerte impia,  
He de adorarte siempre con ternura.

*Fermin Ferreira.*

Montevideo noviembre 27 de 1851.

fuerzas agotadas. Una sola luz brillaba aun en la ventana de la cabaña aislada que habitaba Susana.

Un hombre oculto en la sombra, enfrente de la casita, permanecía en una inmovilidad completa con los ojos fijos en aquella luz vacilante, y este hombre no era otro que Daniel Steinbach, que armado con su carabina se había apostado en aquel sitio desde que entron la noche, esperando con ansiedad un suceso que en lo íntimo de su corazón presentía.

Una hora hacia ya que se hallaba en observacion, cuando la luz se apagó de repente y luego se apagó. Daniel lanzó un suspiro.

— ¡Vamos, me engañaba! murmuró, ahora va á acostarse... Duermeme bien, que

## REVISTA PARISIENSE.

PARIS EN 1851.

Apertura de la caza.—Los parisienses y los globos.—El recreo de balde.—La corte del emperador Suluque.—Cuatrocientos mil francos por uno.—Heroísmo de la señorita Judith.—Modas de mujeres.—Modas de hombres.—Teatros.

Paris está en expectativa de grandes acontecimientos que nadie puede prever y todos quieren anunciar. Nosotros, que ninguna pretension tenemos como articulistas políticos, nos limitaremos en esta revista á mencionar todo lo que pasa en la capital del mundo civilizado, y reconocemos con la mayor imparcialidad las mejoras hechas bajo el gobierno de la República, cosa que nos será muy fácil por que no son numerosas. Primeramente debemos consignar los trabajos emprendidos para el ensanche de los mercados, que se llaman propiamente el Louvre del pueblo, luego la continuacion de la calle de Rivoli. Confesamos en alta voz que la República posee en grado supremo el talento de la demolicion. Segun el

rida Susana! continuó como si estuviese hablando con ella, y dicho aquel que ocupa tu sueños.

Al decir esto levantó su carabina, y ya se disponía á marchar para pasar la noche en una aldea cercana, cuando un ligero ruido salia de la casa le hizo permanecer en su puesto; un instante despues oyó una puerta que se abría, y luego una mujer envuelta en una capa de color oscuro, pasó rápidamente junto á él, sin verle, y se dirigió hácia la pequeña casenada donde estaban amarradas las barcas de la aldea. Daniel conoció á Susana.

(Continuará).

grabo con que trabajan los canteros y albañiles van á establecerse comunicaciones importantes bajo el punto de vista estratégico é industrial; aquí veremos hacer una observacion: Los hombres del gobierno esplican del modo mas filantrópico esos inmensos trabajos. "Hácese, dicen ellos, para ocupar á esos pobres obreros cuyos brazos han quedado paralizados por la revolucion. Es, replican los hombres de la oposicion, par abrumar mejor las masas que se sublevan contra vuestra tiranía." Nosotros que no tenemos otra opinion ni deseo que el bienestar público, añadiremos dos palabras á estas dos singulares reflexiones: Paris ganará en uso algo de limpieza, (cosa que no es un mal). Hace algunos dias acude un inmenso jentío á los embarcaderos de los ferro-carriles; y los habitantes del nuevo mundo venidos á Paris por intereses graves ó por curiosidad, se preguntan dónde pueden ir con tanto anhelo todos nuestros buenos ciudadanos. No hay que decirles que es por la apertura de la caza, porque no lo comprenderían unos hombres que cazan libremente todo un año; tampoco hay que explicarle el género de caza que emprenden nuestros bravos parisienses, ni que uno de nuestros buenos cazadores anda diez leguas por matar una perdiz ó á su mejor amigo, cuando no se mata él mismo, y todo eso por matar el tiempo. Seguimos tan enamorados de los globos como lo estábamos el año último. El globo sigue conservando la forma esférica, pero todos los dias se despierta nuestra curiosidad por alguna hermosa invencion. Se principió por elevar simplemente bestias; luego hombres; en fin llegó el turno á los coches y lan-

chas, pero lo que es mas pasmoso, ahora se trasporta por los aires una casa con sus inquilinos. ¡Cuántos propietarios querrían hacer lo mismo! Pero ya que hablamos de globos, digámos algo de los que todas las mañanas son lanzados por los diarios blancos ó rojos, azules ó verdes. Ayer era la candidatura providencial de Luis Napoleon Bonaparte; hoy es la del jeneral Cavaignac; para mañana se habla de M. Molé, y hasta de M. Larrochejacquelein; pero lo que mas ha conmovido á la prensa parisiense, es el nombre del príncipe Joinville. ¿Aceptará ó no aceptará? Hé ahí la cuestion. Para responder á ella, el ilustre desterrado aguarda, segun nos dicen, á que esté terminado el telégrafo eléctrico que debe unir la Francia con la Inglaterra; sin duda sabremos la solucion del enigma allá en 1851.

Todo el mundo ha oido hablar del imperio de Haití y del sublime Suluque su soberano. Los curiosos han podido admirar, como nosotros, en casa de los abastecedores privilegiados de la corte de Haití, los trajes, los muebles y todo el aparato que debe figurar en la coronacion del emperador Suluque: el trono, el cetro, la corona, la mano de justicia, el manto imperial de terciopelo sembrado de abejas de oro, la carroza, los uniformes, las galas de la emperatriz, las condecoraciones, los collares de órdenes, las alhajas. La eleccion y el esplendor de esos diversos y numerosos objetos prueban la riqueza y magnificencia de Su Majestad negra, que acredita ya su buen gusto abasteciéndose en Paris, y hay motivos para esperar que el poderoso soberano quede satisfecho y nos conserve su parroquia.

(Continuará).

## AL PUBLICO.

El Mártes 25 del corriente, se repartió en Montevideo un impreso, refutando la poesía del Sr. Figueroa, dedicada á la fisionomía entre los Orientales, en una carta firmada por "Los de la Union" al pié de la cual se leía la siguiente nota:

"Ninguno de los Diarios de la capital ha querido publicar la carta que precede y nos complacemos verdaderamente que los extranjeros manifiesten así su disposición á no mezclarse mas en las cosas nuestras."

Como en el párrafo anterior no se hace excepcion alguna los Redactores de la "Mariposa," que es uno de los periódicos que se publican en la capital y ciertamente no extranjero; creen de su deber declarar:

1.º Que no se les ha pedido la publicacion de esa carta, aunque no la hubiesen hecho porque como los demás, no admiten personalidades de tal jénero.

2.º Que á jondo á los demás Diarios el derecho de defender su carácter Nacional, deben manifestar á "los de la Union" por si no lo saben, ó finjen no saberlo: que los Redactores de la "Mariposa," son Orientales; y que jamás se han ocupado ni se ocuparan en su periódico, sino de intereses puramente Orientales.

Montevideo Noviembre 26 de 1851.

FERMIN FERRERA.—GREGORIO PEREZ.

—eSe—

## UNA HISTORIA HOLANDESA.

Herbert, no, no me iré contigo, esperaré. Hasta la vista, amigo mio, é hizo un movimiento para ganar la orilla.

—¡Un instante mas! un instante mas! Cristina, tengo miedo.... Un glacial presentimiento hiela mi corazón. ¡Amiga mia si no nos viése-

mos mas?... Ah! este sauce, esta barca, este rincon cubierto de musgo y de cañas, tú, tú; aqui, á mi lado... ¡Acabo de pasar tal vez la mejor hora de mi vida?

Y el jóven se deshacía en lágrimas, escondiendo su cabeza entre sus manos.

El corazón de Cristina palpitaba con violencia, pero á pesar de esto tuvo ánimo y deslizándose por el tronco del árbol hasta el suelo, y quedándose separada de la barca que no podía acercarse del todo á la orilla, exclamó:

—Adios, Herbert; seré tu esposa, tú amante y tu fiel esposa lo seré, ¡oh! sí, te lo juro! Roguemos ámbos á Dios para que haga llegar pronto esos tiempos felices! Adios, te amo! adios, y hasta otra vez, por que te amo!

El cercado de cañas y de sauces se estrabó para dejar un paso libre á la jóven: oyéronse crujir pequeñas ramas bajo sus piés, un poco de ruido en la yerba y en la zarzas, como cuando un pájaro levanta el vuelo, y un instante despues volvió á reinar el silencio en aquellos lugares.

Herbert se quedó llorando. Las ocho estaban dando en el reloj de la casa de los ladrillos encarnados. La familia del comerciante Van Amberg se hallaba reunida para almorzar en la antesala que servía de comedor.

Solo faltaba una persona: Cristina no había vuelto aun.

Cárls Van Amberg, el jefe de la familia, estaba en pié junto á la chimenea, y á su lado estaba su hermano, que, aunque de mayor edad, le había seguido sus prerrogativas dejándole dueño de la casa. Madama Van Amberg cosía cerca de una ventana y sus dos hijas mayor, es, blancas

## VARIEDADES.

## ROSAURA.

En sus márgenes de grama  
Reclinada está una niña  
Sonrosada, blanca, y bella  
Qual la aurora que la mira.

## BERRO.

De... murmurando corría el arroyuelo, sus aguas azules espejábanse en el cielo. Su bello azul turquí, y el sol que recién amanecía enviaba unos de sus rayos á matizarla con su aurífero color.

Bellas y silvestres florecillas nacían en sus márgenes, y mas allá de ellas perdían sus ándidos colores bajo el alto pasto que se elevaba del suelo. Sobre esa bella e fombra, y rodeada de esas verdes ondulaciones producidas por la fresca brisa, hallábase una jóven cuyo aspecto elegante y triste al mismo tiempo no simpatizaba con la alegría de la naturaleza que se manifestaba á la salida del astro soberano, porque el astro del universo no es el que ambiciona siempre ver morir nuestra alma. Así era que mientras el pajarillo jugueteaba alegremente, mientras el arroyuelo hacía oír su placido murmullo, mientras el árbol se valencaba festivo al son melodioso de sus hojas movidas por la brisa, mientras que la flor abría su cáliz y esparcía perfume, nuestra jóven dejaba escapar de sus hermosos ojos dos preciosas lágrimas que las aguas del arroyito se apresuraron á guardar en su seno.

Un momento despues, la jóven se estremeció, una expresión mas risueña se apoderó de su rostro, y su mirada recorrió todas las partes del horizonte, era que á su oído escuchaba de llegar el ruido de un caballo que galopaba á lo lejos, y ese ruido sin duda hizo nacer en su alma de niña una esperanza... Un grito escapado de su bella boca, y una

y rubias holandesas, se ocupaban en disponer el almuerzo.

Cárls Van Amberg, el tímido jefe de toda esta familia, era un hombre de alta estatura; tenía algo de duro en su modo de andar, y una grande impasibilidad en toda su fisionomía. Su cara, cuyos rasgos parecían al primer pronto insignificantes, denotaban sin embargo un carácter dominador é impetuoso. Sus ademanes eran frios: hablaba poco; no hablaba á nadi jamás y criticaba algunas veces en términos secos é imperiosos. Su mirada precedía á su palabra haciéndola casi inútil, tanto aquellos ojos, de un azul claro, hundidos y pequeños, poseían el don de hacerse entender cuando quería.

Solo con su ambicion y su paciencia se podía haber hecho una fortuna como la suya. Nunca querido aunque siempre respetado, su firma valía oro en los mercados. Dueño absoluto de su casa, á nadie le venía la idea de resistir á ninguna de sus voluntades, que era la suprema ley ante la cual se inclinaban todos.

En el momento de que hablamos, estaba apoyado sobre la chimenea; su traje enteramente negro aunque era sumamente sencillo, no carecía de una aústera elegancia.

Su hermano, Guillermo Van Amberg, con una naturaleza enteramente diferente de la de Cárls, hubiera sido muy pobre, con lo poco que heredado de sus padres si su hermano no se hubiera propuesto el hacer una gran fortuna. Guillermo entregó á Cárls lo poco que poseía, diciéndole: "Dispon de lo mio como si fuera tuyo."

(Continuará).

sonrisa en sus rosados labios vinieron á expresar el júbilo que sentía por que sin duda ese hombre que se dirigía hácia ella sobre un ligero caballo, era la realizacion de la esperanza que acababa de concebir.

Era ese un jóven, en su bello y simpático rostro tenía el mismo sello de dolor que notamos en el de la bella solitaria, el verla sonreír, sus labios se dilataron tambien por una sonrisa.

—¿Tú me esperabas Rosaura?

Rosaura dijo el jóven, y en efecto la rubia caballera que relumbraba al sol la semejaba á una verdadera rosa aurea.

—Si Carlos mio yo te esperaba, contestó la joven, su acento celestial atrajo sin duda los labios de Carlos á sus sonrojadas mejillas.

—Mas yo veo en tus ojos huellas de recientes lágrimas.

—Sí, amado mio, he llorado y no lo debes extrañar desde que es menester que no nos veamos mas.

—Que has dicho! mi aun en este paraje solitario donde no tenemos mas testigos que Dios de nuestras conversaciones.

—Ni aun aquí, porque mañana tal vez se prohibirá á esta pobre huérfana que saiga á respirar el aire de la mañana.

—Siempre tu padastro continúa en su tiranía; he bien querida mia, ¿qué esperas? no tienes el amor de persona alguna que te adhiera á esa solitaria casa, vente conmigo, serás mi esposa y saremos felices.

—Si, yo estoy dispuesta á huir de ese hombre que quiere tiranizarme hasta hacerme unir con uno que no amo, yo te seguiré mas antes quiero decir adios á aquel sitio donde murió mi madre. Oh es lo único que me detiene, en esa misma casa en que hoy sufro, he disfrutado antes sus caricias. Además, es espuesto salir de estos alrededores sin que alguien de casa nos perciba.

—Bien, una ventana de tu cuarto me et

bien conocida, esta misma noche te espero al pié de ella y efectuaremos nuestra fuga.

—¡Ah! yo tiemblo... profirió la jóven ocultando su rostro entre sus manos.

—Dios nos protegerá Rosaura, ¿por qué temer? Hasta luego ángel mio, no olvides, yo ahora me retiro por que mis ocupaciones me prohiben gozar mas de tu presencia.

Y despues de besar la frente de Rosaura montó en su caballo y desapareció; la jóven cuando lo hubo perdido de vista, se dirigió tambien hácia una casa blanca que se descubría entre la verde yerba; un momento despues apareció de camedio del alto pasto que allí crecía un hombre que sin duda oculto había sido testigo de esta escena.

—Hice bien en seguirla! exclamó y echó á andar en la misma direccion que habia tomado Rosaura, cuyo cuerpo aun se apercibía graciosamente balanceándose á la distancia.

\*\*\*

..... En la diestra  
Un guñal sangriento muestra

ECHETERRIA.

Una noche lóbrega, terrible ha sucedido á un dia tan claro, tan hermoso, como en el alma un cruel desengaño sucede á una tierna ilusion.

Todo es tenebrosa y misterio en derredor el espantoso capuz rodea los objetos como si la creacion se hallase envuelta en la nada y confundida en el caos.

Ruje el viento, el trueno retumba, de cuando en cuando aparece la luz eléctrica del relámpago, muestra un instante los objetos y vuelve á sepultarlos en la oscuridad.

Una luz permanece siempre; con los reflejos que se escapan por los vidrios de una ventana; todas las demas de la casa están cerradas, un hombre acaba de llegar al pié de ella sobre un veloz caballo, se baja de él y al instante brilla á su espalda á la luz de un relámpago un afilado cuchillo suspendido sobre ella; un grito se oyó en seguida que ahogó el ruido de un trueno. Poco despues otro relámpago apareció, pero ya no habia nada al pié de la ventana; dos horas despues la luz que en ella se veía se habia estinguido. Y la tempestad continuaba arrojando rayos y torrentes de agua sobre la tierra.

(Continuará).

Imp. URUGUAYANA.